

excelentes ciudadanos, siendo buenos cristianos.

De aquí sacarás, que son muy frívolos y vanos los pretestos que muchas veces alegas para no practicar la virtud, diciendo: que las ocupaciones de tu estado te impiden y te embarazan. Persuádete que, como quieras, en esas mismas ocupaciones hallarás el verdadero camino para llegar á la vida eterna.

PUNTO 2.

Considera, que por mas metido que estés en el mundo, siempre tendrás que cumplir todas las leyes civiles, impuestas por tus magistrados: y debiendo suponerse que éstas son justas; porque si no no serán leyes; es claro, que su cumplimiento no solamente no es contrario á la virtud, sino muy conforme á ella, y por tanto es mandado por Jesucristo, que espresamente nos dice: obedeced á vuestros superiores.

Ponderar, que cuantas ocupaciones hay en el mundo, artes, destinos, empleos, oficios, puestos sublimes, profesiones honrosas, todo

todo te proporciona el fácil egercicio de alguna virtud. ¿Eres magistrado? puedes hacer brillar la justicia. ¿Eres príncipe? el amor paternal. ¿Eres súbdito? la fidelidad y obediencia. ¿Eres comerciante? la buena fe. ¿Eres opulento? la misericordia: y, por último, si eres un pobre miserable, la resignacion y humildad.

Saca por fruto de esta meditacion, que en el mismo mundo encontrarás medios muy poderosos para salvarte, si usas bien de ellos, y según las miras de Dios. Pideselo así al Señor, y confía, que su amorosa providencia, que te constituyó en tal condicion ó estado, sabrá darte por medio de él la mejor fortuna y felicidad.

MEDITACION XXIV.

ZIZAÑA.

PUNTO 1.

Considerar, que el Demonio entónces logra una completa y segura victoria, según

el pensamiento de S. Agustin, cuando consigue que prenda la discordia en los corazones de los hombres: y ningunos por consecuencia son mejores ministros de Satanás, que los que trabajan, como él, en introducir ó sembrar en sus prójimos la zizaña.

Ponderar, que el que tiene la desgracia de ser dominado de esta perversa inclinacion, á un tiempo cometió tres ofensas: la primera contra Dios; porque introduciendo la zizaña, divide los ánimos, que el mismo Dios quiere que esten unidos con los vínculos del amor. La segunda, contra sus prójimos; porque les quita la paz, el contento y sosiego del corazón. La tercera, contra sí propios; porque cuantos males causan en sus hermanos, de tantos les tomará el Señor estrechísima cuenta; y la amargura que en los otros produgeron, vendrá sin duda sobre ellos.

De aquí inferirás el sumo horror con que debe mirarse este vicio tan perjudicial y tan grave. Huye de él cuanto puedas; y ten presentes las funestas consecuencias y resulta-

dos de que son responsables los que siembran en los ánimos la discordia.

PUNTO 2.

Considerar, que así como los que se empeñan en conservar la paz en los corazones, son llamados hijos de Dios; así á los que siembran é introducen la zizaña, los llama Jesucristo sus enemigos, y con razon; porque apagan el fuego de la caridad, que vino á encender, y hacer que ardiera sobre la tierra.

Ponderar, que este crimen es hijo de la soberbia y de la envidia, y como tal, es origen y fuente de innumerables males. Turbada la armonía y amor con que todos debemos unirnos, como que somos hijos de un mismo padre, se siguen ódios, rencores, maledicencias, resentimientos, pérdida de la salud, tal vez de la vida, y lo que peor es, morir en enemistad de Dios y condenarse. Si tienes este vicio, espántate de sus terribles resultados, y pide al Señor primero la muerte, que el que te permita cometer semejante crimen.

Saca de aquí, el amar la paz que tanto nos pide Jesucristo; y cuando notes alguna efervescencia en los ánimos, procura templarlos con palabras blandas, disculpando las faltas que sean causa del enojo ó displicencia, y portándote, finalmente, como hijo de un Dios todo caridad; y no como miembro de Lucifer, todo discordia, envidia y furor.

MEDITACION XXV.

MODESTIA.

PUNTO 1.

Considera, que la modestia consiste en cierta compostura exterior de nuestras acciones, con la cual edificamos á nuestros prójimos. Palabras medidas y bien reflexionadas, recato en la vista, continencia y arreglo en el uso de los demás sentidos: hé aquí lo que exige esta virtud tan necesaria al cristiano.

Ponderar, que con nuestra modestia se

da una verdadera honra y gloria á Dios; porque es una especie de culto exterior debido á su soberanía, como lo es la adoracion y humildad interior de nuestro espíritu. Si de Dios hubimos el cuerpo, tambien debemos ofrecerle, como en justo tributo, nuestras acciones corporales; por lo que decía el apóstol S. Pablo: *Glorificad á Dios, y llevadlo en vuestros cuerpos*; esto es, manifestad en la modestia de vuestras acciones, que Dios está con vosotros.

Saca de aquí, el arreglar tu conducta de manera, que nada desdiga de la santidad y virtud. No dañes con tu mal ejemplo á tu prójimo, pues tendrás que responder á Dios de las culpas que cometa por tu conducta escandalosa.

PUNTO 2.

Considerar, que no es solo consejo, sino una obligacion verdadera la que todos tenemos de ser modestos; y por eso el apóstol espresamente nos dice: que hagamos ver á todos nuestra modestia.

Ponderar, que esta virtud es de gran mé-

rito ante Dios; porque al mismo tiempo que con ella le glorificamos, conseguimos que nuestros hermanos hagan lo mismo; y así Jesucristo por boca de S. Lucas nos manda: que esté siempre en nuestras manos la luz; es decir, segun S. Gregorio, que edifiquemos á los demás con nuestro buen ejemplo, siendo el fin de esto la gloria de Dios; como lo afirma él mismo, diciéndonos: *Bri- lle vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á Dios que está en los cielos.*

Sáca de aquí, el procurar ser modesto, ya sea en tus palabras, ó ya en tus obras. Este ha sido el carácter y el mas seguro distintivo de los fieles siervos de Dios. Trae á tu memoria cuantos justos y santos han existido, y ni uno solo hallarás en quien no haya resplandecido esta preciosa virtud.

MEDITACION XXVI.

SANTIFICACION DE LAS FIESTAS.

PUNTO 1.

Considerar, que la santificacion de las fiestas, especialmente del santo dia del Domingo, es tan propia de los cristianos, que en eso se distingue nuestra religion de las demás religiones; como antes se distinguía el pueblo de los judíos de todos los otros pueblos del mundo, por la celebracion del sábado, que era como el Domingo nuestro.

Ponderar, el escrúpulo y puntualidad con que los judíos observaban este precepto. Se entregaban al retiro, al silencio y á la oracion, y cesaban de todo trabajo, de modo, que ni aun se defendían algunas veces de sus enemigos que los combatían. Siguiendo este mismo espíritu de recogimiento y oracion, la Iglesia guiada, por el Espíritu Santo, nos prohíbe en semejantes dias todo trabajo servil, y nos aconseja, que nos entreguemos únicamente á los ejercicios piadosos, y á la asistencia á los templos, para

alabar á Dios, y darle gracias por sus beneficios.

Saca de aquí, el respetar en lo de adelante los dias festivos, mirándolos como dias del Señor; pues aunque todos debian serlo, segun la espresion de S. Juan Crisóstomo, esos particularmente son consagrados á su servicio; y de cada uno de ellos debe decirse á todos los cristianos, lo que del antiguo sábadó dijo Dios: *este dia será perpetuamente santo para vosotros.*

PUNTO 2.

Considerar, que el Señor es tan celoso del honor y celebridad debida á semejantes dias, que la antigua ley impuso pena de muerte á los que quebrantáran la solemnidad del sábadó: *Este dia*, les dijo, *será dia de descanso, y quien trabajare en él, morirá.*

Ponderar, lo primero, que para conocer euan sagrada es dicha obligacion, basta oír estas palabras del Señor: tened mucho cuidado de santificarme el sábadó: esta es la señal de que vosotros sois mi pueblo, y yo vues-

tro Dios. ¡Y habrá peticion mas justa ni mas conforme á razon? Quien te ha dado por una mera liberalidad todos los dias de la semana, ¿no tendrá derecho para pedir, que emplees uno de ellos en su servicio? Ponderar lo segundo, que de las obras en que debemos ocupar esos dias, la Iglesia nos determina una precisamente, que es la asistencia á la Misa; como la obra mas grande, la mas santa, y la que indispensablemente obliga á todo cristiano.

Saca de aquí, el escuchar respetuoso la voz de tu madre la santa Iglesia, y cumplir con la mayor prontitud este importante precepto. Santifica los dias festivos y aprovechate de ellos, pues dice S. Bernardo: que son dias de perdon, dias de santa alegría, y dias de gracia.

MEDITACION XXVII.

CUANTA FELICIDAD SEA ESTAR EN LA IGLESIA.

PUNTO 1.

Considerar, que así como ninguno pudo conservar la vida del cuerpo sin entrar en la arca de Noé, así nadie podrá tampoco obtener la vida del alma, si la Iglesia, de la que el arca fué figura, no le recibe y le abriga en su seno.

Ponderar, cuan reconocidos debieron estar al Señor Noé y los de su familia; pues viendo perecer tantos millones en aquel espantoso diluvio, ellos solos fueron privilegiados. No es menor, sino infinitamente mas grande el beneficio que ha obrado Dios contigo; porque por un efecto de su misericordia, te ha llamado y te conserva en el gremio de la Iglesia, cuando deja fuera tantos centenares de miles, que por no estar en esta arca preciosa, indefectiblemente perecerán en el diluvio de sus culpas.

Saca de aquí, el tener á tu madre la santa Iglesia aquel tierno amor que tienen á

las tuyas los hijos fieles y amantes. Defiende siempre el honor de esta querida Esposa de Jesucristo; aunque por ella pierdas la vida; persuadido, de que es una misma cosa separarse de la Iglesia, y perecer.

PUNTO 2.

Considerar, que aunque es un beneficio imponderable el que Dios nos conceda entrar en esta arca, no basta para salvarse, si no correspondemos con buenas obras este favor.

Ponderar, que, de los que entraron en el arca, unos se salvaron, y otros se condenaron. Esta misma desgracia acaccerà á innumerales cristianos, que no se aprovechan de su vocacion al cristianismo. La fe sin caridad es muerta; y por lo mismo, ella sola es tan incapaz de salvarnos, que antes por el contrario, el fiel que se condenare, será juzgado, dice Jesucristo, con mas rigor, y mas severamente castigado, que los infieles que vivieron y murieron en las tinieblas del paganismo.

Saca de aquí, lo primero, dar continua-

mente gracias al Señor por la gracia que te ha hecho de recogerte en esta arca sagrada: y lo segundo, pedirle que complete esta grande obra de su misericordia, haciendo que correspondas con egercicios de caridad á este singular beneficio.

—

MEDITACION XXVIII.

TIBIEZA Ó FALTA DE FERVOR.

PUNTO 1.

Considerar, que los dones mas preciosos, las ofrendas de mas valor, y los mas inestimables sacrificios no serán agradables á Dios, mientras no se le presenten con un espíritu fervoroso, y con una voluntad pronta y diligente.

Pondera, quanto debes temer la falta de fervor, practicando con tibieza tus egercicios devotos; porque, ó no adviertes la magestad y grandeza del Dios con quien hablas, y en cuya presencia te hallas, y esto es una desatencion y un descuido may

réprensible; ó lo adviertes y conoces, y entonces tu negligencia pasa á ser el mas alto desprecio: y sea lo uno ó lo otro, el resultado será, que ni tu virtud es verdadera, ni tu oracion eficaz.

Sacarás de aquí, lo primero, no comenzar ningun egercicio santo, sin elevar antes tu espíritu al Señor: y lo segundo, conservar la humillacion y respeto con que debe presentarse el polvo y la ceniza á esa soberana y tremenda Magestad.

PUNTO 2.

Considerar, que cuando la debilidad y languidez se apoderan de un enfermo, lo conducen al sepulcro: y, de la misma manera, si la tibieza y falta de fervor dominan en nuestra alma, producen un fastidio á todo lo del cielo, que insensiblemente nos va consumiendo, y no es otro su término que una muerte infeliz.

Ponderar, que este estado es sumamente peligroso: lo primero; porque no hay fuerzas bastantes para vencer á nuestros enemigos, que sin cesar nos combaten. Lo se-

gundo; porque perdido el sabor á las cosas de Dios, nos domina un hastío é indisplencia, que nos hace resistir á los tocamientos y auxilios divinos. Y lo tercero y principal; porque así como el tibio mira á Dios con disgusto, así Dios por un justo castigo le abandona, y le mira tambien con tanto asco que lo vomita.

Saca de aquí, el sacudir con la mayor diligencia este mortal letargo en que te hallas por falta de fervor. Teme mucho esas faltas que te parecen tan ligeras, pues por esa misma levedad las miras sin temor, y suelen ser muy peligrosas, y ocasionar tristes resultados.

MEDITACION XXIX.

VANIDAD.

PUNTO 1.

Considerar, que no hay cosa mas común que la vanagloria, pues todos generalmente deseamos que nos adulen y elogien; pe-

ro tampoco hay cosa mas infundada, supuesto que no tenemos otro caudal que nuestra miseria.

Ponderar, que esta vanidad que tanto nos contenta, no consiste mas que en cierta idea ventajosa que los hombres forman de nuestro mérito, y en ciertas alabanzas que nos prodigan. Pero reflexiona un poco y dime, ¿habrá cosa mas frívola, mas estéril y mas fallible que la idea que forman los hombres de tu buen proceder y conducta? Y el hacer caudal de ciertas espresiones que dicen en honor tuyo, ¿no es alimentarte con un poco de viento que nada vale?

Saca de aquí, no estimar ni desear otro concepto, que el que haga Dios de tus obras. Esto sí es lo único que declarará el valor verdadero de tus virtudes, como que solo Dios es el que no puede engañarse ni engañarnos.

PUNTO 2.

Considerar, que esa alabanza que solicitas, y ese concepto que deseas, no solamente es inútil y engañoso, sino que podrá

serte en gran manera perjudicial; porque fomenta tu amor propio, y te aleja por lo mismo de la verdadera humildad.

Ponderar, lo primero, que las buenas cualidades que tengas, Dios es quien ha de premiarlas; porque si aspiras al agrado de los hombres, esa será tu única merced, y del cielo nada te queda que esperar. Ponderar lo segundo, que en el hecho de querer ser admirado de los demas, las mayores virtudes dejan de serlo, pierden su valor, y se convierten en orgullo y soberbia. Por eso Jesucristo te aconseja: que no saques á plaza tus méritos, y que ni tu mano siniestra vea lo que practica la diestra.

De aquí sacarás el aborrecer esa gloria vana, que solo sirve de inflarnos, alucinaros y dejarnos satisfechos durante el tiempo de la vida; pero llegando la muerte, abrimos los ojos, y nos encontramos vacíos y desnudos de un verdadero mérito para la eternidad.

MEDITACION XXX.

FIN DEL HOMBRE.

PUNTO 1.

Considerar, que Dios, como Criador infinito, no necesita de la existencia de las criaturas; porque toda la eternidad estuvo sin tí y sin ellas, y nada faltó á sus perfecciones, ni á la felicidad y gloria esencial que le es propia: no obstante, al criarte manifestó el mayor esmero; y destinándote á su amor y servicio, te elevó á la mas noble y alta dignidad.

Ponderar, que si en la tierra el servir á un poderoso monarca, hace la mejor fortuna y grandeza de un vasallo, ¿qué honor podrá igualar al tuyo, estando, como estás, ocupado en el obsequio y amor de aquel por quien tienen su poder los príncipes, y por quien mandan las potestades? Cuanto Dios excede á los reyes de la tierra, tanto aventaja tu destino al de los vasallos, que en el mundo se ocupan en el cortejo de sus soberanos.

De aquí puedes sacar, la alegría y sumo gozo que debes tener, viéndote destinado al servicio de tan grande Magestad, é imitar el júbilo con que rodean el trono de su Rey todos los coros angélicos. Ensánchese tu espíritu, y clama lleno de satisfacción: criaturas del cielo y de la tierra, dadme el parabien, pues estoy empleado en el obsequio y servicio de todo un Dios.

PUNTO 2.

Considerar, que Dios no solamente se manifestó liberal, formando tu cuerpo provisto de sentidos y demás órganos, y criando tu alma á su imágen y semejanza; sino que incesantemente emplea un paternal cuidado en conservar la acción, el movimiento y todas las funciones necesarias á esa vida que te concedió.

Ponderar la grandeza de este beneficio, siendo evidente, que luego que tu Criador levantara la mano, en el mismo instante volverias á la nada. Igualmente, pondera el amor con que se ocupa en tu subsistencia, pues no hay padre, por amante que lo su-

pongas, que así cuide de la salud de sus hijos, como Dios cuida de la tuya, aun cuando tú no piensas en ella. Tú duermes; y él vela: tú no sabes como vives; y tu soberano Autor hace que circule tu sangre, que tu corazon palpite, y cumplan los demás órganos sus oficios para tu salud y tu vida. Saca de aquí, el estar agradecido á tu insigne bienhechor, que con tanto cuidado te conserva, y duelete de haber abusado de tus sentidos, valiéndote de ellos para ofenderle; y desde este instante trabaja por corresponderle fiel, empleándote enteramente en el cumplimiento de su santísima voluntad.

MEDITACION XXXI.

CORRESPONDENCIA A LA GRACIA.

PUNTO 1.

Considerar, que los auxilios y socorros divinos, con que Dios ilustra nuestro entendimiento, y mueve nuestra voluntad, son dones puramente gratuitos, que, sin que pre-